

# UPA UPA

Por

Pierre CHILI



U BUQUE había llegado a la encantada isla de Tahiti, al puerto de Papeete. Rompeacero no participaba de los entusiasmos que inspiraban los perfumados jardines de la placentera y deleitable población, las tibias brisas aromadas de sándalo y de magnolias que abanicaban a las palmeras perezosas y los ondulantes cuerpos de las morenas Venus, vestidas de blanco y muy ligeros sayales. Permanecía indiferente e impenetrable, siendo la misma estatua de piedra, de acero y hielo de siempre.

Un refinado francés quiso festejar al comandante y oficialidad del buque chileno con un almuerzo a lo "nativo", amenizado con cantos y bailes de "upa-upa".

Rompeacero asistió puntualmente, conforme a las Ordenanzas navales que establecen la exactitud en los menores detalles. Iba acompañado de algunos oficiales y de una docena de guardiamarinas, entre ellos, Carrillo. Tomó asiento ceremonioso en una espléndida mesa cubierta de frutas y flores exóticas. Lejanamente una orquesta de "banyos" arpegiaba unos aires dulzones y lánguidos. Fuese acercando la música gradualmente y unas veinte muchachas tahitianas, cubiertas con

un simple taparrabo, contorneando los cuerpos, moviendo los vientres, levantando las piernas y brazos que se arqueaban como culebras, entraron bailando al comedor. Blandamente se inclinaban y caían al suelo, temblándoles las espaldas. Se alzaban, daban unos gritos desafinados y giraban en torno de la mesa. Carrillito estaba en éxtasis. Acompasadamente cada bailarina fue tomando colocación tras las espaldas de cada uno de los comensales. Gemían melosamente los "banyos", tristes o ya desesperados. Sus notas se esparcían y arrastraban con las languideces e imprecaciones del flautín que debió la serpiente bíblica tocarle en los oídos a la esposa del primer hombre, entre las magnolias y los platanos del Paraíso. A un mismo tiempo cada bailarina tomó en sus manos una corona de flores que colocó sobre la cabeza de cada uno de los asistentes. Rompeacero recibió la suya con impasibilidad. Cada tahitiana abanicó durante el almuerzo a un comensal. Carrillito apenas comía. Hubiera querido convertirse en un rey caníbal y servirse al plato a la bailarina que estaba tras su asiento.

Quien no se sentía cómodo ni caníbal era Rompeacero. Adivinaba que su fría dignidad de comandante sufría hondo menoscabo ante sus subordinados, con

aquella maldita corona de flores que le habían encasquetado sobre su respetable cráneo. No hacía en verdad una figura helénica. Los guardiamarinas no osaban ni mirarlo, por temor de incurrir en el enojo del comandante, caer en desgracia y arruinar la hermosa fiesta. Porque Rompeacero era un chivato coronado con tijas. Un chivato de ojos turbios y malhumorados. ¿Qué estarían pensando de él sus subalternos? ¿Era compatible "el frío retraimiento" que le imponían las Ordenanzas navales con aquella corona de los diablos y con la muchacha morena que lo abanicaba entre contorsiones, apenas cubierta con un taparrabo indecente? Si en sus manos hubiera estado, habría mandado a pan y agua y a las garitas de su buque, al francés y a sus bailarinas de "upa upa".

Era muy holgada su corona de flores. Insensiblemente se le escurría, amenazándolo con cubrirle los ojos y quien sabe si escurrírsele hasta el cuello.

Carrillito había quedado frente a Rompeacero en la mesa. Muy educadamente quiso advertirle a su comandante que se

acondicionara mejor su corona que se le resbalaba.

—Señor comandante. . . Señor comandante. . . Se le va cayendo la coronita.

Rompeacero le dio tal mirada de furia que el muchacho, en pleno trópico, se sintió sumido en un ténpano.

El comandante, displicentemente se sacó la corona, diciéndole al francés:

—Comprendo el calvario del Mal Ladrón coronado de espinas. Parecemos unos malos ladrones de gallinas coronados de flores. Disculpe, señor, que me saque estos embelecocos.

A bordo, Rompeacero llamó al guardiamarina Carrillo.

—Quince días de arresto por permitirse ciertas confianzas que no le corresponden.

—Pero, señor comandante. . .

—Veinte días. No se murmura. Un buen subalterno, según las Ordenanzas, debe mostrarse siempre satisfecho con las amonestaciones y castigos de sus superiores. Hemos terminado.

